

I

LAS MANZANAS

LAS MANZANAS

—Ven conmigo, te enseñaré la huerta— me dijo el abad en cuanto acabé de merendar, que era lo primero que había hecho al llegar á su casa.

Y cogiendo una llave que estaba colgada á lo bajero de la espetera, junto al calendario, miró al motril, que era un rapacete poco mayor que yo de estatura, aunque de bastante más edad, pues se conocía que era ya reviejo, y le dijo:

—Ven tú también, que no dejará de haber por allí que hacer alguna cosa.

Echamos á andar por una calle que no tenía casas más que á un lado, á la mano izquierda. Por la derecha corría una presa de agua muy clara, y á la orilla de allá había tapias y sebes, por encima de las cuales se veían árboles con fruta.

De trecho en trecho había, tendidos sobre la presa, un madero, un tablón, una losa, que

daban paso más ó menos cómodo y fácil á las entradas de las huertas.

Después de haber andado un poco á la calle abajo, llegamos enfrente de una cerca más alta que las otras, revocada de argamasa bien cargada de cal, y cubierta todo á lo largo por una hilada de escardamulos con tapines encima.

Pasamos la presa por una gran piedra de grano medio labrada que servía de pontiga: el abad metió la llave en la cerradura, destrancó, empujó la puerta, que estaba pintada de color de hierro oxidado, y separándose hacia la izquierda, me dijo:

—Entra.

Obedecí, y al atravesar el umbral me quedé pasmado: no había visto jamás tanta manzana junta.

Era la huerta un cuadrilátero muy extenso, hermosamente encampecido y todo plantado de manzanales. Sobre el verde vivo de la hierba otoñal se destacaban innumerables manchas redondas de diferentes tonos, verde algo más claro, verde otro poco más claro todavía y rayano al amarillo, amarillo del todo, anaranjado, color de rosa, encarnado vivo y encarnado oscuro; que de todos estos colores y de otros cien matices intermedios eran las manzanas de que estaba como empedrada la campera, figurando caprichoso mosaico.

Al levantar la vista del suelo me encontré

con los árboles, y mi asombro creció hasta lo indecible. No se veían hojas, porque á éstas no las había quedado sitio donde vivir. Piñas muy apretadas de manzanas de todos tamaños, metidas unas por entre otras, hacían á las ramas cimeras abangarse con el peso hasta posar sobre las inmediatas, que á su vez descansaban sobre otras inferiores, y éstas sobre otras, y así sucesivamente, hasta llegar á las de abajo, que estaban conteadas para que no se esgarrasen.

—¡Qué hermosura!—hube de exclamar después de unos momentos de admiración silenciosa.

—¿Te gusta la huerta?—me dijo el abad sonriéndose cariñosamente de ver mi entusiasmo.

—Muchísimo—le contesté con ferviente sinceridad, sin acertar á separar la vista de las manzanas...

Acababa yo de merendar, como he dicho, y recuerdo que lo había hecho bien, con aquellas ganas con que se merienda á los nueve años... Después de meterme entre pecho y espalda un chorizo y un trozo de trucha, cada cosa con su zoquete de pan correspondiente, me había comido de postre un gran racimo de uvas, que me gustaban más que las manzanas... Pero las manzanas también me gustaban mucho, y no me hubiera costado gran trabajo meter el diente á una de aquellas más

tentadoras que se medio escondían entre la hierba. No me atreví sin que me lo mandara el abad, que de seguro no me lo mandaba porque no podía sospechar mi deseo habiendo sido testigo de la merienda.

Mientras yo seguía en mi arrobamiento comenzó él á dar órdenes al motril.

—Mira—le decía, —endereza un poco aquel cuento, que está desaplomado, y si sigue vencién dose hacia adentro y se cae, se va á romper la rama... Después, quita el agua de aquella esquina, que hace ya días que se está regando, y échala aquí por este medio, que es donde ahora hace más falta... Y... oye: mañana, si llegamos allá, pides á mi sobrina una cesta y vas llevando todas estas manzanas caídas para írselas echando á los gochos...

—¿A los gochos?—dije yo sin poderme contener, con un acento especial, mezcla extraña de asombro, de protesta, de reconven ción y de súplica...

El abad, que debió de comprender por la vehemencia y por el tono de mi pregunta el verdadero escándalo que me había causado su determinación de echar á los cerdos aque llas hermosas manzanas, se apresuró á decir para tranquilizarme:

—Están cocosas.

—Pero... ¿todas están cocosas?—le repliqué yo, en mi deseo de impedir la ejecución de aquella orden que me parecía un desatino.

—Todas—me contestó el abad;—vamos, casi todas... Puede haber entre ellas alguna sana que haya caído al chócar una rama con otra cuando arrecia el aire; pero bien pocas serán: de ciento, una... Mira, ¿ves ésta... y ésta... y ésta?...—decía mostrándome los agu jeros de tres ó cuatro que acababa de coger del suelo.—Por lo regular—añadió—todas las que están ya abajo tienen coco... y también le tienen algunas que todavía están arriba y que poco á poco irán cayendo...

Salimos de la huerta, sin el motril, que se quedaba mudando el agua, y me enseñó el abad las afueras del pueblo, ponderándome la belleza y fertilidad del campo.

Yo asentía á sus ponderaciones y le decía amén á todo, porque le iba ya queriendo y sentía contrariarle; pero, en realidad, no me gustaba aquello gran cosa.

Quitando la huerta, que esa sí me había encantado, por todo lo demás me parecía mucho mejor mi pueblo, con su monte cer cano y su río grande y su puente de piedra...

Después me llevó á presentar al dómine... Porque debo decir á ustedes que yo era en viado á aquel pueblo á estudiar latín. Y des pués de la presentación, que fué seguida de un rato de plática sobre lo conveniente que es la aplicación al estudio en los primeros

años de la vida, volvimos á casa cuando ya estaba anocheciendo.

El abad, que no era otro que el párroco del pueblo, á quien daban aquel título por haber sido antiguamente la parroquia una abadía de benedictinos, dijo que tenía que rezar por lo menos vísperas y completas, y que si no tuviéramos mucha prisa de cenar rezaría también maitines y laudes...

Comprendiendo yo que la consulta, aunque formulada en plural, se dirigía principalmente á mi humilde persona, le dije que á mí no me daba cuidado tardar un buen rato en cenar porque todavía no tenía gana.

Subióse, pues, el abad á rezar, y su sobrina, que era una criatura angelical, de tres ó cuatro años más que yo, mientras la criada preparaba la cena, me estuvo enseñando las láminas de la *Historia de la Conquista de Méjico* para que no se me hiciera el tiempo largo.

Cuando el abad acabó su rezo, bajó del cuarto de estudio, rezó con nosotros el rosario en la cocina y después cenamos.

En seguida comenzaron á achicármese los ojos y á querérmese cerrar, y aunque yo procuraba estirarlos para que no se me conociera que tenía sueño, el abad debió de notarlos, porque me preguntó si quería ya acostarme; y al contestarle que no tenía inconveniente, mandó al motril que encendiera una vela y

fuera á enseñarme la cama, dándole las señas del dormitorio.

—Si acaso tienes miedo ó te sientes mal— me dijo al dar yo las buenas noches,—no tienes más que tocar un poco en la pared y en seguida te oigo: estoy allí al lado.

Me acosté y me dormí muy pronto; pero me dormí pensando en lo que más me había llamado la atención aquel día, en lo que más vivamente había herido mi imaginación de rapaz: pensando en las manzanas.

Y, claro, soñé con ellas.

Figuróseme que entraba en la huerta y me quedaba extasiado al ver aquella bendición de Dios, y oía escandalizado la resolución del abad de echar á los gochos las manzanas caídas... Todo lo mismo que había sucedido por la tarde...

Después veía entrar al motril armado de una cesta de mimbres negruzcas y disponerse á cumplir la orden de su amo, comenzando á coger las manzanas del suelo. Parecía-me que éstas se estremecían de horror entre la hierba pensando en su ignominioso destino, y que se tocaban unas á otras como excitándose á protestar de algún modo y á no sufrir en silencio la injuria... Por fin creí oirlas hablar en tonos de violencia extraordinaria.

—¿Cuándo se ha visto desafuero semejante?—decía una.

—¿Quién pudo nunca pensar ni imaginar siquiera—decía otra—que la manzana, la fruta más fina y más hermosa y la de más delicado perfume, había de ser destinada á engordar animales inmundos?

—¿Conque en vez de ser presentadas—exclamaba otra—en elegante frutero de cristal en la mesa de los señores, según nos aseguraba la tradición, vamos á ser echadas en la artesa de los gochos?

—¿Y nuestra piel, suave y olorosa, que había de ser separada sutilmente con cuchillo de plata ó de oro—añadía otra,—la han de romper groseros y asquerosos colmillos, después de revocada en el estiércol de la pocilga?

—Eso es inaudito... es atentatorio á nuestra dignidad y á nuestros derechos...

—Eso es una tiranía insoportable.

—Eso no se puede consentir...

—Eso no se debe tolerar—continuaron diciendo con creciente ardor otras varias.

—¡Es verdad!—dijo con amargura otra más reflexiva.—Todo eso es verdad: tienen ustedes mucha razón... Pero, ¿qué podemos hacer nosotras contra esa orden severa y despiadada?... No tenemos más remedio que sufrir el insulto... Estamos imposibilitadas para toda resistencia... Las que podían hacerla eran las de arriba, si tuvieran compañerismo

y espíritu de clase... Las que están todavía en las ramas, esas podían fácilmente hacer imposible el cumplimiento de la orden cruel...

—¿Cómo? ¿Quiere usted decirnos cómo?—preguntó con interés desde un árbol una manzana de apariencia sana y robusta.—Muy fácilmente—respondió la de abajo:—con sólo dejarse ustedes caer todas á un tiempo mezclándose con nosotras... Veríamos entonces si el abad tenía valor para hacernos llevar á todas al cubil de los gochos, renunciando al gusto de comer manzanas y á la satisfacción de regalarlas y á la ganancia de venderlas...

—¡Es verdad, es verdad!... Tiene razón la compañera caída—dijo regocijada, dirigiéndose á sus vecinas de las ramas próximas, la manzana que había hecho la pregunta.—Es verdad... Muy bien pensado. Eso es lo que tenemos que hacer para que no pueda el tirano salirse con la suya: dejarnos caer todas mezclándonos con las sentenciadas y haciendo causa común con ellas... Así se librarán del triste destino que las amenaza.

—¿Pero á usted qué le importa que se libren ó que no se libren?—la dijo otra que estaba en la misma rama, un poco por bajo.

—¿Que qué me importa?... Muchísimo. ¿Pues no ha de importarme? Nos importa á todas conservar el honor de la clase. Nos importa á todas que no se diga nunca que se han echado manzanas á puercos.

—Manzanas cocosas.

—Pero manzanas, y no debemos consentir que se las desprecie y envilezca de ese modo.

—Déjelas usted, que bien merecen la severidad del dueño de la huerta. Que se hubieran mantenido puras, y no las pasaría eso... Al que sea judío que le quemem.

—Eso es egoísmo.

—Es amor á la justicia, y me extraña mucho que usted defienda con tanto calor...

—Pues no la extrañe á usted—dijo terciando en la discusión otra que estaba un poco más alta.—No la extrañe á usted que esa hable así, porque también tiene coco...

—¡Lo dirá usted!—replicó de muy mal humor la aludida.

—Lo digo yo, porque es verdad, porque desde aquí la estoy viendo á usted la coquera, ahí, á un lado de donde estuvo la flor.

—¡Toma, toma!... Ahora me explico—dijo la que primero había entrado en el debate;—ahora me explico que se interesara tanto por las cocosas... siendo una de tantas... naturalmente.

—Pues de mí no creo que puedan ustedes decir eso—interrumpió otra coloradeja y asoleada desde lo cimero del árbol, mientras la primera abogada de las cocosas callaba corrida de vergüenza; no creo que se atrevan ustedes á llegar hasta mi altura con sus ma-

liciosas insinuaciones; y sin embargo, opino lo mismo: que no debemos desamparar á las caídas, sino unirnos á ellas, y lo que sea de unas será de otras.

—¡Rara conformidad!—dijo una de las que habían hablado antes.

—Yo soy así—continuó la última interlocutora;—yo creo que debemos defender á esas hermanas nuestras, aun con riesgo de la propia felicidad, por espíritu de clase, tengan ó no tengan razón: si la tienen, porque la tienen; y si no, porque el compañerismo y el desinterés y la abnegación...

Un ligero soplo de viento la desprendió de la rama según estaba hablando, y cayó al suelo, presentando en la cara que quedó para arriba un agujero descomunal, por donde, sotrónado con el golpe, comenzó á salir perezosamente un coco tan gordo como el mi dedo meñín.

—¡Mírenla ustedes, mírenla ustedes!—se decían arriba las sanas unas á otras.

—¡La de la abnegación!...

—¡La del desinterés!...

—¡La del compañerismo!...

—Lo que ella buscaba era la abnegación de las demás para que la redimiéramos de la ignominia.

—Por eso clamaba porque nos uniéramos y nos confundiéramos con las cocosas... porque también ella tenía coco.

—Si no podía menos, ya lo dice el refrán: el que no tiene coco no gime...

.....
El asco que me daba ver salir aquel gusano tan grande y tan feo de la manzana recién caída me hizo despertar... Al principio no sabía dónde estaba; después, poco á poco me fuí dando cuenta de mi situación, y me volví á dormir tranquilamente.

—¿Dormiste bien?—me preguntó el abad por la mañana.

—Sí, señor, grandemente—le dije.—Siempre duermo bien.

—Si acaso habías extrañado la cama... Como era la primera noche...

—No, no la extrañé nada: me dormí en seguida... Pero soñé unas cosas...

Y le conté el sueño con todos sus pelos y señales.

—Es raro—me dijo cuando concluí la relación,—es raro que soñaras todo eso, que es precisamente lo que pasa en la realidad de la vida, donde el espíritu de clase suele ser casi siempre espíritu de iniquidad, espíritu de resistencia contra la razón y contra la justicia... Ya lo verás andando el tiempo... Los que promueven uniones y confusiones como la que pretendían en ese sueño tuyo las manzanas cocosas; los que quieren hacer causa

común con los reos de alguna culpa, y toman á pechos el estorbar que se les aplique el castigo correspondiente, lo hacen porque son tan malos como ellos, porque están manchados con la misma culpa, ó, por lo menos, están dispuestos á mancharse... Lo tengo yo muy observado, y efectivamente dice bien el refrán: el que no tiene coco no gime.